

«Hasta entonces, decía, había sido bueno, pero en adelante fué virtuoso ó cuando menos embriagado de virtud. Esta embriaguez había empezado por la cabeza y había pasado al corazón donde hizo nacer el orgullo mas noble y elevado sobre los escombros de la vanidad arrancada de cuajo. No fingía; me trasformé en lo que parecía; y este periodo de fermentación interior duró por lo menos cuatro años en toda su fuerza. Yo me sentía capaz de comprender y de hacer todo cuanto puede haber de grande y bello en un corazón humano. Esto produjo mi elocuencia súbita, el fuego verdaderamente celestial que inundó mis primeros escritos cuando no se había visto en los cuarenta años de mi vida trascurridos hasta entonces ni la mas pequeña chispa en mi alma, precisamente porque no estaba inflamado. Había realmente renacido; mis amigos y conocidos no me conocieron. Ya no era yo aquel hombre tímido, mas cobarde que modesto, que se ocultaba y no se atrevía á hablar, á quien una broma confundía y á quien la mirada de una mujer hacia ruborizar. Muy diferente me mostré. Atrevido, orgulloso é imperturbable exhibí en todas partes una seguridad tanto mas imponente cuanto mas sencilla era, arraigada mas en el alma que afectada en lo exterior. El desprecio de las costumbres, principios y preocupaciones de mi siglo, desprecio inspirado por mis profundas meditaciones, me hizo insensible á las burlas de los que representaban lo que yo despreciaba; y trituraba con mis sentencias formidables sus vaciedades burlonas, como se aplasta un insecto entre los dedos. ¡Qué trasformación! Todo París repetía los sarcasmos mordaces y acerbos de aquel hombre que dos años antes y diez años despues jamás supo lo que había de decir ni cómo hablar.»

En esta disposición de espíritu procedió Rousseau á la investigación de las causas de la desigualdad entre los hombres, en contestación al segundo tema puesto á concurso por la academia de Dijon en el año 1753.

En las primeras palabras del prefacio patético y amenazador se presenta el autor con la seguridad imperturbable del profeta que domina á su auditorio y que ni se acuerda ya de si hay todavía incrédulos. «¡Oh hombre! dice, de cualquier país que seas, cualesquiera que sean tus opiniones, ven y escucha la historia, como yo la he leído, no en libros hechos por tus semejantes, porque estos mienten, sino en la misma naturaleza que no miente nunca. Todo lo que de ella se deriva es verdad; si algo resulta falso en esta historia será cosa que habré añadido yo de mi cosecha sin quererlo. Los tiempos de que me propongo hablar son remotísimos, y ¡cuánto has cambiado, ¡oh hombre, si te comparas con lo que eras! Voy á describirte la vida de tu especie, por decirlo así, conforme á las cualidades que has recibido, y que, á pesar de estar falseadas por la educación y las costumbres, no pueden ser destruidas. Hay en la vida un periodo en que el individuo, segun comprendo, quisiera detenerse; pues bien, tú buscarás la época en la cual desearías tú que tu especie se hubiera parado. Descontento con tu condición actual por motivos que anuncian para tus descendientes desgracias un descontento mayor, desearás quizá retroceder, y este deseo constituirá el elogio de tus ascendientes primitivos, la sentencia condenatoria de tus contemporáneos y el terror de los que tendrán la desgracia de vivir despues de tí.»

A la pregunta: ¿En qué época se ha introducido la desigualdad entre los hombres? contesta Rousseau: «En el momento en que los hombres dejaron de ser hombres de la naturaleza;» y á esta otra pregunta: ¿Cuál es el rasgo mas característico que distingue el abandono del hombre ó su salida de su estado natural? contesta: «El reconocimiento de la propiedad personal y la sumisión á un poder central

ó gobierno. Tanto el primero como la segunda son contrarios á la igualdad y libertad personales del hombre, y de consiguiente solo podían introducirse valiéndose de su candor y abusando de su debilidad.»

Rousseau presenta á su manera estos dos adelantos de la civilización. Explica el origen de la propiedad particular en el célebre pasaje siguiente: «El primero que cercó un pedazo de tierra con estacada y foso, y tuvo la ocurrencia de decir: «esto es mio,» y encontró gente bastante simple para creerlo, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, homicidios, cuántos horrores y miserias habría podido ahorrar al género humano el hombre que hubiese arrancado las estacadas y cegado los fosos, diciendo á sus compañeros: «No le presteis oído; os engaña; sois perdidos si olvidáis que la tierra no pertenece á nadie, y que los frutos son de todos.»

Una vez establecida la propiedad, hubo tambien ricos y pobres, es decir, la guerra de todos contra todos, de la cual resultó una situación que facilitó á los ricos el medio de presentar como un beneficio el establecimiento de un gobierno para la protección de sus intereses, gobierno que los pobres hubieron de desear para su salvación propia. Entonces fué cuando se oyeron expresiones arteras como: «Unámonos para proteger á los débiles contra la opresión, para tener sujetos á los ambiciosos, y asegurar á cada uno la posesión de su propiedad. Establezcamos disposiciones para garantizar el derecho y la paz, disposiciones que por todos sean acatadas, que valgan para todos sin excepcion de nadie y que compensen en cierta manera los caprichos de la suerte, imponiendo á los fuertes y á los débiles deberes mutuos. En una palabra, en lugar de emplear nuestras fuerzas contra nosotros mismos, reunámonos en un poder supremo que nos gobierne con leyes sábias, que proteja y defienda á todos los miembros de la comunidad, que rechace á los enemigos comunes, y que conserve entre nosotros una concordia perpetua.» Esta alocución encontró oídos creyentes; y para asegurar su libertad corrieron todos á recibir las cadenas. Tenían inteligencia para comprender las ventajas de un gobierno, pero les faltaba la experiencia para poder prever sus peligros. Los que mas distintamente veían los abusos que sobrevendrían fueron cabalmente los que esperaban explotarlos, y hasta los sabios creyeron que debían sacrificar una parte de su libertad para conservar la otra, como un herido se deja cortar un brazo para salvar el resto de su cuerpo. Este fué y no otro el origen de la sociedad y de las leyes que impusieron á los pobres nuevas cadenas y comunicaron á los ricos nuevas fuerzas, que aniquilaron irrevocablemente la libertad natural, que fijaron para siempre la legalidad de la propiedad y de la desigualdad, y condenaron á la humanidad entera definitivamente al trabajo, á la esclavitud y á la miseria en beneficio de algunos individuos.»

Este es el discurso que hizo de Rousseau, el filósofo republicano de la jóven Francia. Él mismo confiesa que este discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres supera en atrevimiento hasta al mismo «Contrato social.» Tenía razón; porque reduciendo el gobierno y el orden social entero á engaños y tropelías ejercidos por un puñado de embaucadores codiciosos en perjuicio de los pueblos, era evidente que no se podía ir mas allá en la censura. Con esto quedó consignado y proclamado por primera vez en crudo el derecho, y aun el deber, de destruir todo lo existente tan pronto como hubiese fuerzas para ello. Era de consiguiente imposible ir mas lejos; lo único que podía todavía extremarse eran los medios, la excitación de las masas. Lo único que faltaba era comunicarles la convicción de la justicia de la obra de destrucción, presentándoles con colo-

res seductores el ideal de la nueva sociedad y de su organización. Para esto ofrecieron tambien abundante material los escritos de Rousseau, que si para nosotros están plagados de contradicciones y de puntos vulnerables, no sucedía lo mismo en aquella época, que no tenía ojos para ver estos defectos.

Para ver lo equivocado é imposible del sistema de Rousseau basta figurarse al hombre de la naturaleza en el puesto del hombre civilizado, con todas sus necesidades y elementos de vida. El hombre primitivo para expresarnos con precisión, brutal si se quiere, no es hombre, sino animal, y todo lo que le elevase sobre éste, le apartaría de la naturaleza y sería contrario á ella y contrario á su destino, segun Rousseau lo entiende, pues que no vacila en decir: «El acto de meditar es un acto anti-natural, y el hombre que medita es un animal (degenerado). Como la naturaleza ha tratado por igual al hombre y á los animales, todas las comodidades que el primero se procura fuera de las condiciones generales vienen á ser otras tantas señales de su degeneración progresiva. El primero que se hizo vestidos ó se construyó una vivienda, se creó cosas que no son indispensables, porque antes se había pasado sin ellas, etc. (1).

En el libro infalible de la naturaleza que Rousseau decía haber abierto el primero, no había leído mas que lo que tenía en su propia imaginación. Es un error grandísimo creer que la naturaleza ha tratado y dotado por igual al hombre y al animal; muy al contrario, ha dispuesto que el hombre se proporcione con su trabajo, lo que el animal lleva naturalmente consigo, lo que á este no es absolutamente indispensable ó lo que encuentra ya hecho. No ha dotado la naturaleza al hombre de vestido, que crezca y se renueve como el que ha dado al cuerpo del animal; al hombre tampoco está organizado para vivir en cuevas ni sobre los árboles, ni puede vivir exclusivamente de raíces, yerbas y bayas. Solo en la fantasía de un soñador que ignora que el trabajo hace hombre al hombre y dueño de los bienes y de los productos de la tierra que habita, puede haber una naturaleza que haga vivir sin lucha y sin trabajo. Solo la persona que ignoraba todo esto podía explicar el origen de la propiedad de la manera que lo explicó Rousseau. No se cuidó de examinar ni de preguntarse si alguna vez habría podido ocurrir á nadie cercar con estacada y foso un trozo de terreno inculto, y si el hombre que cultivando un pedazo de tierra lo cercó, no tenía derecho de hacerlo diciendo: Esto es mio, yo lo he labrado y sembrado y aquí nadie sino yo tiene el derecho de recoger el fruto. Rousseau no tenía una idea del deber del hombre de trabajar, y por esto ignoraba el derecho de quedarse con el fruto de su trabajo, del cual únicamente puede derivarse lógicamente el derecho de propiedad.

En la Francia que le rodeaba no veía Rousseau mas que arriba una minoría de indolentes fastuosos, y abajo millones de seres obligados á trabajar en la miseria mas abyecta para que sus dominadores no aprendiesen lo que cuesta la vida. Semejante estado le parecía contrario á la naturaleza y lo era; pero no era menos contrario á la naturaleza el estado que él soñaba para reemplazarlo, su paraíso en el cual todos los hombres tendrían y disfrutarían el mismo derecho de vivir libres, es decir, sin trabajar, á costa de la naturaleza pródiga. Toda la libertad é igualdad del hombre natural de Rousseau no vienen á ser en el fondo otra mas que la dicha de soñar sin trabajar, dicha que había ya perdido gran parte de su pureza primitiva cuando los instintos brutales habían sido sustituidos por la costumbre de meditar, y el armonioso «grito de la naturaleza» por el habla; cosas que segun el

mismo Rousseau, la naturaleza no habría hecho tan difíciles para el hombre si le hubiese destinado á vivir en sociedad.

Con tales errores y peligrosas conclusiones entró el nuevo sistema social en la literatura; y segun veremos, comunicó á los poetas el sentimiento de la naturaleza, y descubrió á los preceptores de la humanidad muchos de sus secretos. El hombre que penetró el primero en esta senda, es decir, Rousseau, tenía en el apogeo de su talento un amigo. Ambos creían comprenderse mutuamente á fondo. Este amigo era Diderot, el editor de la gran Enciclopedia, el pensador y escritor eminentísimo al cual sus compatriotas deben la conciencia de su genio nacional y la importancia de su estudio.

V.—DIDEROT.—QUESNAY.

Dionisio Diderot (1), que nació en 5 de octubre de 1713 en Langres en la Champagne, debió su instrucción sólida y superior á los jesuitas; á su aplicación y estudio incansable



Dionisio Diderot, de la Academia de Ciencias de París

un cúmulo extraordinario de conocimientos en los ramos mas diversos, y á su genio los dones de la observación, de la asimilación y de la descripción aun en mayor grado que el mismo Voltaire.

La amistad estrecha que unió á este hombre durante largos años con el singularísimo Juan Jacobo Rousseau se explica sabiendo que Diderot era amante entusiasta de las bellezas de la naturaleza, y combatió toda su vida para hacer que el estudio y la imitación de la naturaleza reinasen con dominio exclusivo en todas las artes; y sobre todo leyendo en su diálogo «El sobrino de Rameau», la descripción magistral que hizo de una persona maestra en el arte de malgastar todos los talentos y dotes que adornan al hombre civilizado.

Debe su celebridad universal Diderot á la grande empresa científica, que acometió con la fogosidad del hombre jóven, á la cual dedicó heróicamente sus mejores años y las fuerzas de la edad madura, y que tuvo la dicha de llevar á término.

(1) Véanse: C. ROSENKRANZ, *Vida y Obras de Diderot* — Leipzig, 1866. — ASSÉZAT, *Oeuvres complètes de Diderot*, Paris, 1875-1877.

(1) Véase las págs. 44, 46 y 47 de sus Obras completas.

Esta empresa, la grande Enciclopedia, fué mirada por él como su mision en este mundo, y con razon porque él la fundó; la coordinó; dirigió todos los trabajos; fué uno de sus colaboradores mas asiduos, y la impulsó y realizó con admirable firmeza y perseverancia.

La gran mayoría de las personas que leen se figura por lo comun, al oír hablar de esta famosa obra, que se hizo para propagar en pequeñas dosis y poner al alcance del pueblo la ciencia funesta del materialismo y del ateísmo; pocos tienen presente que la tal obra consta de 28 tomos en cuarto, muy abultados y de un peso excesivo, y que por estas mismas razones no tiene nada que ver con el género ligero en que el vulgo de los lectores apaga su sed de ilustracion (1). Se juzga con artículos para la Enciclopedia y esos versaron sobre asuntos químicos y mineralógicos; La Mettrie y Helvecio no eran colaboradores de la Enciclopedia, y contra la obra de este último: «El Hombre» (*Sur l'homme*), escribió Diderot una refutacion que se encuentra en sus obras, tomo II, pág. 274 hasta 456.

En lugar de juzgar la obra con la preocupacion y parcialidad de costumbre, debería estudiarse y contestarse despues á estas preguntas: ¿Qué se propuso el creador de esta primera obra de consulta publicada en idioma francés y que abarca todas las ciencias conocidas en su tiempo? ¿Hasta dónde ha cumplido su gran propósito? ¿Qué valor tenía, no como arsenal de ciertas opiniones, ya harto conocidas de sus compradores y lectores, sino como depósito de ciencia positiva y datos prácticos, como auxiliar é introductor en el santuario de la vida intelectual de la humanidad?

«El objeto de una Enciclopedia, dice Diderot, es reunir los conocimientos dispersos en la superficie de la tierra, presentarlos sistemáticamente á la generacion en la cual vivimos, y legarlos á las venideras, á fin de que la obra de los siglos pasados no se pierda para los futuros, á fin de que nuestros descendientes adquieran mas ciencia y con ella mas virtud y dicha que nosotros, y por último á fin de que no salgamos de este mundo sin haber adquirido méritos en pro de la humanidad» (2). Estas palabras del editor deben ser el punto de partida para los lectores de la obra en la formacion de su juicio, y haciéndolo así no tardarán en convencerse del carácter viril grave y profundo del hombre y de su obra.

Diderot, principalmente en su juventud, no estuvo exento de frivolidad maliciosa, como lo demuestran sus «Joyas indiscretas» que se hallan en la coleccion completa de sus obras, pero jamás se dejó dominar por el vicio, y supo conservar la cabeza serena y el corazón sano en la lucha que degradó á innumerables contemporáneos suyos. «Tambien yo, hace decir al *sobrino de Rameau*, tambien yo soy sensual y me gusta disfrutar, comer bien, tener buenos vinos y mujeres bonitas; pero confieso que me causa infinitamente mas placer ayudar al que es desgraciado, desembrollar un asunto espinoso, dar un buen consejo, leer un buen libro, dar un paseo con un amigo ó una amiga caros á mi corazón, escribir una página buena, cumplir con mis deberes, y decir á la mujer amada unas cuantas palabras dulces y entusiastas que la induzcan á ceñir mi cuello con sus brazos. Mas de una accion hay que quisiera haber ejecutado, aun á costa de cuanto poseo. Obra magnífica es el «Mahoma»; pero es mayor la gloria de haber salvado la memoria de Calas. Un conocido mio habia huido á Cartagena; era el hijo menor

(1) Bueno será observar aqui de paso que de los verdaderos apóstoles del materialismo, solo Holbach contribuyó muy mal, tanto al hombre como á su obra, si se mira á ambos bajo el punto de vista exclusivo de los jesuitas de aquel tiempo.

(2) Véase el artículo: *Encyclopédie* en las obras completas de Diderot, XIV, 415-503.

de una familia establecida en un país donde el primogénito hereda toda la hacienda. En su destierro oye que su hermano mayor, hijo mimado, se ha apoderado de la posesion de sus padres demasiado débiles, que los ha arrojado de su castillo y que los pobres ancianos viven miserablemente en una pequeña ciudad de provincia. ¿Qué hizo este segundon, tan maltratado de sus padres, que se habia visto obligado á buscar fortuna en lejanas tierras? Les envia recursos y luego acude personalmente para arreglar su propiedad; y rico ya, reinstala á sus padres en su antigua morada, y casa á sus hermanas. Pues bien, querido Rameau, este hombre consideraba aquel tiempo el mas feliz de toda su vida; me contó el caso con los ojos inundados de lágrimas, y al referir yo esta historia la alegría ahoga mi voz y la delicia inunda mi corazón» (3).

Diderot, con todos sus defectos, tenía un corazón lleno de bondad, de sentimientos nobles y generosos; era entusiasta de la ciencia y de todo lo que eleva al hombre sobre la tierra; y estaba animado de un fuego sagrado, del cual no tenían una sola chispa los fariseos que le vituperaban. Rousseau tambien le calumnió porque no era capaz de comprenderle (4). Solo un genio entusiasta semejante podia idear, á pesar de su incredulidad en religion, una empresa como la Enciclopedia, y llevarla á cabo con la perseverancia inquebrantable que necesitó para vencer los innumerables obstáculos con que tuvo que luchar.

Contaba Diderot treinta y dos años, y hacia poco que era esposo y padre, siendo apenas conocido fuera del gremio de los literatos, cuando algunos editores ricos de Paris concibieron la idea de publicar en Francia una obra por el estilo de la llamada Enciclopedia de Chambers, que tan pingües resultados habia dado á sus editores ingleses. Quisieron limitarse á traducir la obra inglesa, pero la empresa naufragó. Entonces trataron con Diderot que aceptó la proposicion y sin perder un instante dispuso el plan, método, disposicion y extension de una obra completamente nueva y original, que tuvo el éxito deseado porque desde el primer momento se halló en manos perfectamente idóneas y estaba concebida con admirable perspicacia y acierto. La idea fundamental fué la division del trabajo, y el confiarlo á una colectividad compuesta de artistas y hombres de ciencia, de los cuales cada uno se encargase de la redaccion de los artículos que correspondieran á su especialidad, mientras el director general ordenase y diera unidad á todo. Este director fué el mismo Diderot, el cual con su erudicion vastísima, su pericia, su penetracion, su mirada escrutadora y su laboriosidad increíble parecia haber nacido expresamente para esta empresa. Donde no alcanzaron sus fuerzas le suplia su amigo, el célebre académico D'Alembert, á quien logró interesar en la obra para la especialidad de las matemáticas y que hacia las veces de escudo contra las objeciones y preocupaciones del gremio erudito. En 21 de enero de 1746 obtuvieron los editores Briasson, David, Duran y Le Breton la licencia real para la publicacion de la obra. El material estaba ya en su mayor parte reunido, los cargos estaban distribuidos y los trabajos preparatorios adelantaban vigorosamente, cuando en 29 de julio de 1749 fué preso Diderot y encerrado en la torre del castillo de Vincennes por la publicacion de su «Carta sobre los Ciegos.»

Los esfuerzos desesperados de los editores lograron devolver la libertad al preso despues de 100 dias de encierro (5).

(3) Véanse *Œuvres complètes*, V, pág. 425 y 426.

(4) Conforme evidencia *Rosenkranz* en su *Rompimiento de Rousseau con Diderot*, 1757, y en otros pasajes de su «Vida y Obras de Diderot.»

(5) En las obras completas de Diderot, XIII, pág. 111 á 114, se

y en el curso del año 1751 pudo darse á luz el primer tomo de la Enciclopedia (1), precedido de un prospecto debido á la pluma de Diderot, y de un discurso preliminar de D'Alembert para dar á conocer el carácter de la obra. El jesuita Berthier atacó este programa en el *Journal de Trevoux*, y desde entonces cada tomo fué objeto de una guerra apasionada entre los autores y los jesuitas, gastándose en ella no poca tinta y papel. Los jesuitas obtuvieron del gobierno la prohibicion de la obra cuando se habia publicado el segundo tomo; el ministro Argenson levantó en 1753 la prohibicion; pero volvió á ser decretada á la aparicion del tomo XIII. Esta vez todo pareció perdido. D'Alembert, que habia visto venir el golpe, perdió todos sus bríos, y á pesar de las súplicas encarecidas de Diderot, se separó de la empresa. Diderot sin embargo no se acobardó; siguió trabajando con su compañero Jaucourt á la llamada; y en 1765 arrojó de un golpe al mercado los últimos diez tomos de texto y cinco de grabados.

En el prefacio se descargó Diderot del peso inmenso que durante tantos años habia llevado.

Con orgullo legitimo y frases conmovedoras saboreó su victoria y cumplió con el deber de la gratitud para con su firme y fiel compañero de armas y fatigas Jaucourt. En este prefacio, que publicó con el tomo octavo de la Enciclopedia en 1765, dice: «Cuando emprendimos esta tarea creíamos no tener que luchar con mas dificultades que las naturales, hijas de lo enorme y múltiple de la materia; pero esta era una ilusion fugaz. Demasiado pronto se juntaron á la multitud de obstáculos materiales un sinnúmero de otros obstáculos morales que de ningun modo habíamos podido prever. El mundo envejece, pero no cambia. El individuo puede mejorar; pero la masa de la especie, no mejora ni empeora; la suma de las pasiones malas queda la misma y los enemigos de todo lo bueno y útil son tantos ahora como antes (2).

»De todas las persecuciones reservadas á los que tienen la ambicion peligrosa de inscribir sus nombres en la lista de los bienhechores de la humanidad, apenas se nos ha perdonado una; todo lo que cuenta la historia de las infamias de la envidia, mentira, ignorancia y fanatismo, nos ha pasado á nosotros. En los veinte años de trabajo no interrumpido apenas podemos contar algunos instantes de reposo; los dias transcurrieron en penas y trabajos incesantes é ingratos, y ¡cuántas noches hemos pasado aguardando los males que la perversidad se complacia en prepararnos! ¡Cuántos dias han amanecido hallándonos en la incertidumbre de si deberíamos ceder ante la gritería de la calumnia y separarnos de nuestros parientes, amigos y conciudadanos para buscar en extraña tierra la tranquilidad que necesitábamos, y admitir la proteccion con que se nos brindaba! Mas, nuestra patria nos era cara y siempre esperamos que la preocupacion cederia ante la justicia. Cabalmente es propiedad característica del hombre que se propone el bien, el que su valor crezca con los obstáculos, mientras su inocencia ó le protege de los peligros que le amenazan, ó le enseña á despreciarlos. El hombre honrado

encuentran los dos memoriales que presentaron al ministro conde de Argenson.

(1) El título completo de la obra vertido al español es: *Enciclopedia ó diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios, sacado de los mejores autores y en particular de los diccionarios ingleses de Chambers, Harris, Dyche, etc., por una sociedad de literatos, puesto en orden y publicado por M. Diderot y en la parte de matemáticas por M. d'Alembert de la academia de ciencias de Paris y de la academia real de Berlin.*

«Tantum series juncturae pollet:

Tantum de medio sumptis accedit honoris.»

Horacio.

(2) Lo cual, sea dicho de paso, no es cierto, porque se opone á la ley moral del progreso.

(N. del T.)

es capaz de un entusiasmo que el perverso no conoce. Las intenciones nobles y honradas que nos sostuvieron las hemos encontrado tambien en otras personas; todos nuestros colaboradores han rivalizado en celo para auxiliarnos; y cuando nuestros enemigos se felicitaban creyendo habernos abatido, nuestros colaboradores han acudido á nuestro socorro. Han tomado parte en nuestras tareas hombres de ciencia y de sociedad que hasta entonces solo habian tenido para nosotros meras palabras de compasion, de consuelo y de estímulo. Sentimos que no nos sea permitido nombrar á todos estos valientes y distinguidos aliados, dignos de la gratitud pública; pero ya que solo tenemos derecho para nombrar á uno, le expresaremos aquí nuestra gratitud como mejor podemos: es el caballero de Jaucourt. A él debemos el poder exclamar como los marineros despues de una lóbrega noche que los tuvo extraviados entre cielo y mar: ¡Tierra! etc.»

Este pasaje caracteriza el autor. No podemos juzgar aquí su obra en toda su extension; pero probado está que tanto el texto como los grabados que representan objetos de las ciencias naturales y de la industria, puntos que Diderot fué el primero en tratar metódicamente, ejercieron una influencia inmensa. Los artículos que tratan de estos ramos fueron tomados, extractados y traducidos en todos los idiomas europeos, y los grabados fueron copiados, porque jamás se habia ofrecido al público semejante union instructiva y sis temática de texto y de dibujo. Este mismo método sirvió de saludable contrapeso á todo impulso de extraviarse en fantasías retóricas de que tanto abusó Buffon en su *Historia natural*. En este terreno es donde brilla el talento particular de Diderot en toda su magnitud. Diderot tenía un genio observador de la realidad, que absorbía por todos los sentidos lo que veía, y sabia despues explicarlo de un modo verdaderamente palpable. No era maestro de ningun arte; pero comprendía y describía la belleza artística en todas sus formas y sin tener esto poético creador y original, sabia escrutarse los menores detalles del corazón humano y de la vida. Tampoco era uno de esos sabios que abren nuevos horizontes á la ciencia, ni de esos filósofos que en su mente reconstruyen sistemáticamente los grandes principios de la creacion; pero sabia encontrar con un acierto y una seguridad admirables el camino verdadero con ese método correcto de investigacion que guia al descubrimiento de la ley que preside á todo: la unidad en la variedad y multiplicidad. Así lo demostró en sus *Pensamientos sobre la interpretacion de la naturaleza* que publicó en 1754 como ripio sobrante de su gran Enciclopedia.

Esta obra estaba dedicada á los jóvenes que quieren estudiar la filosofía natural. El autor les dice en el prefacio: «Jóven, toma y lee. Si eres capaz de llegar al fin de esta obra, te encontrarás en estado de comprender otra mejor. No siendo tanto mi propósito el de instruirte como el de ejercitarte, me importa poco que admitas ó rechaces mis ideas, con tal que te fijes en ellas. Otro mas capaz que yo te hará conocer las fuerzas de la naturaleza; á mí me bastará haberte hecho ejercitar las tuyas. Adios.

»Postdata. Una palabra mas y te puedes ir. Ten siempre presente que la naturaleza no es Dios; que el hombre no es una máquina, y que una suposicion no es una realidad; y está seguro de que no me has comprendido si encuentras en lo que digo algo que contradiga á estos principios.»

Las reglas que siguen á este prólogo contienen un verdadero tesoro, segun puede colegirse de las que entresacamos aquí: «Los hombres, dice Diderot, comprenden con dificultad cuán rigurosas son las leyes de investigacion de la verdad y cuán limitados nuestros medios. Todo se reduce á poder pasar de los sentidos á la reflexion, y de ésta á aquellos;